

# David David David David

El siglo XXI  
cumple 18

# Trueba

Trueba  
Trueba  
Trueba

**DEBATE**

# El siglo XXI cumple 18

DAVID TRUEBA

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Poramoralaciencia



@amoralaciencia



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Sala de espera

### Prólogo

Los prólogos no dejan de ser la sala de espera de un libro. Algo así como esa inquietante estación previa a entrar al dentista o al médico. Y en este caso tiene todo el sentido, porque el articulista aspira a ser un facultativo que pasa consulta al tiempo en el que le ha tocado vivir. Eso sí, lo hace sin título que lo acredite, sin máquinas de radiodiagnóstico y sin esa autoridad que concede la bata. Ah, la bata, como cualquier uniforme de trabajo, distingue a quien lo lleva. En algunos casos hasta lo erotiza, no en vano no hay pornografía que se precie de serlo que no incluya enfermeras, pilotos de avión, policías y fontaneros desvestidos de uniforme.

He tratado de darles a estos artículos una uniformidad que los erotice. Así, están asociados por asuntos. En España se ha practicado con muchísimo éxito un artículo de prensa que prima el estilo sobre el contenido. Sonoro más que nutritivo. Los grandes maestros a ratos parece que prefieran sin pudor una buena sentencia que una firme esencia. Suelen, por tanto, primar el yo sobre las cosas. Dada mi escasez de talento siempre preferí someterme a las cosas. Quizá aprendí del cine, de los grandes maestros Ozu, Renoir, Hawks y Ford, que la transparencia era la mejor conce-

sión a los personajes, y que el estilo, si se tiene, consiste en no exhibirlo.

Las cosas, además, me resultan más confiables que las opiniones. Hay cosas que pasan y que, de tanto pasar, terminan por definir los tiempos mucho mejor que las teorías. Tengo la sensación de que definen más un periodo de tiempo sus canciones, los peinados, las hombreras, la montura de las gafas, que ese destilado retórico que luego acaba por llamarse la Transición, la Restauración, el periodo de entreguerras, la Belle Époque, acotaciones temporales que tanta fortuna han hecho. Pero ¿acaso hay alguien que haya vivido un tiempo y, al leerlo relatado en los manuales de historia, no tenga una rara sensación de que aquello que se cuenta no era así, no fue así, no sucedió del todo así?

Pues en esta revisión no colegiada de nuestros primeros años de siglo, uno se da cuenta de que han pasado cosas que definen nuestro tiempo. Ya no son signos, sino verdaderos significantes. Y es que el siglo XXI se ha hecho mayor de edad. Al cumplir los dieciocho años, todos los males de la adolescencia rebelde se han impuesto. Las democracias occidentales parecen comportarse como chicos salvajes que lo quieren romper todo, llegar al límite, destrozarse lo que les viene impuesto, para probar solamente si es posible la libertad, el anárquico deseo de quebrarlo todo.

Cuando el siglo XXI llega a los dieciocho años, entonces, ya no se trata de analizar los cambios y escuchar los latidos renovadores, sino que nos encontramos ante algo ya impuesto, un nuevo comportamiento, una nueva manera de ser. No hay joven que a los dieciocho años no sea ya la propuesta de vida que le acompañará para siempre, por dis-

traído que aparente. En un tiempo de despiste, donde el entretenimiento ocupa todas las esferas no ya como una formación emocional, sino como una distracción utilísima, no conviene tranquilizarse y pensar que tan solo nos enfrentamos a una crisis de crecimiento. No, ya estamos en ese otro tiempo y es así, como lo vemos, porque está aquí para quedarse.

Entre adaptarse y resistir hay un inmenso territorio por conquistar para la mera supervivencia. Los propios medios de comunicación escritos lo han experimentado. Llevan anunciando su muerte tantos años que se han convertido en muertos en vida. Estos artículos intentaron mostrar lo contrario. Que uno no está muerto hasta que le llega esa hora. Y por lo tanto es inútil dejarse vencer sin plantear batalla. No es pues la persona que los escribe quien interesa, sino el tratar de desactivar los asuntos que nos ocupan en cada momento.

Tenemos algo que ver en todo esto, tenemos algo que decir de todo esto. Por ello, cuando me proponen una recopilación de textos publicados en prensa interpreto que lo que interesa no soy yo, sino el recorrido por el tiempo de los diversos asuntos que conforman la actualidad. Ah, la actualidad, esa perversa institución, parecida al humo que, cuando lo agarras con la mano, ya está en otra parte.

En el caso presente, caí en la cuenta al releer los artículos publicados tras la última reunión, que apareció bajo el título de *Érase otra vez* en 2013, que los hermanaba una esencia común. Casi todos respondían a un atmósfera de nuevo siglo. El empeño en subdividir el tiempo concede una coherencia aparente, casi una ilusión de sentido. Al repasar

los asuntos que más nos perturban en estos años descubro una dinámica curiosa. Hay cuatro grandes elementos: emigración y su impacto en los miedos colectivos; identidad tanto sexual e íntima como nacional y colectiva; crisis de la democracia y sus representaciones cotidianas, reducidas a lo electoral y su alternancia; y, finalmente, la transformación tecnológica con el consiguiente impacto en el empleo y la economía de a pie. Todos estos asuntos están entrelazados, como es natural, pues no es posible aislar unos de otros, como uno no puede aislar episodios de una novela si trata de alcanzar el sentido final.

Su ubicación temporal en la raya de los dieciocho años presenta estos episodios como la adolescencia de un siglo nuevo tan descubierta ya como por descubrir en un futuro cercano. Todos los cambios de siglo trajeron violencia y crisis de identidad. Es precisamente la importancia que le concedemos al calendario la que delimita estas curiosas afecciones del crecimiento. Todo siglo tiene una minoría de edad, una juventud, un periodo adulto y finalmente una decrepitud. Era imposible escribir en los últimos años del siglo xx sobre la realidad que nos rodeaba sin imponernos una sensación de hastío, cansancio y decrepitud. Tanta decrepitud que tiñó los primeros años del siglo XXI de una necesidad imperiosa de regeneración.

Pero hemos llegado a los dieciocho años del siglo nuevo y nos toca reconocer la fortaleza, la frescura, la obscena plenitud de sus nuevas costumbres. De regeneración, nada, si acaso nuevas virtudes para encubrir eternos vicios. No se trata de resistir, sino de atisbar un camino posible por donde puedan transitar los que ahora son jóvenes y se harán

viejos sin quizá refugios saludables, sin garantías laborales, sin los beneficios del esfuerzo colectivo, de la buena gestión de lo público. Todo joven ha de disfrutar de su juventud, pero no puede ignorar que es un fenómeno pasajero, y se cansará de batir las alas y quedará la misma escéptica mirada de los que ahora considera viejos inservibles. Entonces nos quedará lo dicho. Todo lo dicho en el tiempo ligero del presente, que no es otra cosa escribir en prensa. Además lo hacemos, como explicó Henry James, envueltos en la historia como maquinistas sin conocimiento ni ayuda al mando de una locomotora que no sabemos manejar.

## 1

## De aquellos miedos a estos pánicos

CORTE ITALIANO

28 de febrero de 2013

El gran tríptico cinematográfico italiano lo forman las películas *La marcha sobre Roma*, *La gran guerra* y *Todos a casa*. Episodios fundamentales de su historia contados desde la perspectiva del personaje menor. Obras maestras rodadas por una paganísima trinidad de talentos: Dino Risi, Mario Monicelli y Luigi Comencini. Los italianos coronaban la cumbre del mejor cine cediendo el protagonismo al cobarde, al oportunista, al hombre corriente. Lástima que ya no tengamos ojos para esas películas, consumidos por una especie de radiofórmula cinematográfica en la que los Oscar son la expresión máxima de la lista obligatoria. Para los españoles, aquel es un momento del cine italiano que nos sonroja, porque a lo máximo que podíamos aspirar entonces para realizar un comentario cinematográfico sobre la historia europea era a disimular las referencias pronazis de *Raza*.

La pista de su gloria cinematográfica de entonces, destruida entre otras muchas cosas por la hegemonía televisiva del berlusconismo, debería obligarnos a un poco más de prudencia cuando analizamos los resultados electorales de

la península vecina. No sé si tenemos autoridad moral para arrogarnos un juicio tan severo sobre el renacimiento de Berlusconi o la irrupción de Grillo. A juzgar por nuestras portadas, del *Hola* al *Financial Times*, bien nos vendría barrer la casa antes de darles lecciones a quienes perviven en el filo de alianzas y coaliciones. Aún estamos recogiendo los pedazos de líderes y partidos tras el tripartito catalán, incapaces de aceptar una gestión de gobierno que no responda al rodillo de las mayorías absolutas.

Que el PP mantenga ministros carbonizados en su puesto de trabajo, mientras las filas del paro se llenan de gente sobradamente preparada, y los socialistas no se pongan de acuerdo ni en la España que persiguen debería servirnos de bozal. Unos disfrutan de una mayoría desahogada que pasa por encima hasta de la corrupción evidente y los otros están tan disminuidos que alimentan barones territoriales tan preocupados por sus demarcaciones particulares que olvidan que la izquierda está obligada a ser compleja, exigente y aglutinadora. Por ahora los electores españoles disimulan su fascismo, su populismo y su falta de fe, pero que no les extrañe que un día salgan del armario vestidos con un traje de corte italiano.

VELETA

6 de octubre de 2013

Una sociedad que no se guía por principios básicos, sino por impulsos emocionales, es como una veleta que vira con el viento. El dramático naufragio de una embarcación rebo-

sante de emigrantes junto a la costa de Lampedusa ha reorientado la sensibilidad de los europeos. En pleno ascenso de los partidos nazis y ultranacionalistas, llega ahora un viento del sur con olor a cadáver. Es difícil que el mar devuelva los varios cientos de fallecidos, pero sus olas nos hablan de cómo nada cambia y todo cambia en un mismo movimiento perpetuo. El suceso invita a reescribir las leyes antimigratorias con las que se protegen los países fronterizos, pero no implica al exitoso norte continental en un drama algo más desasosegante que el del aumento de unas décimas en su controlada inflación.

Hace unas semanas advertíamos sobre imágenes de infierno en la valla de Melilla ante el final del buen tiempo, con las mafias empujando a un último asalto a los desesperados. Hoy sabemos que el gobierno italiano ha concedido la ciudadanía a todos los muertos. Se trata de eso, de morir por los papeles. Ojalá sirviera para que los europeos recuperaran, más que el sentimiento de culpa, su autoestima. Incapaces de dar respuesta al proceso descolonizador, tampoco parece que tengamos un plan para encarar el drama de un África corrupta, radicalizada y cuya precariedad se reparten las naciones pujantes, ahora China, verdadero gigante invisible detrás de casi todo el desarrollismo local. Recuperar la autoestima para al menos entender por qué alguien arriesga su vida para alcanzar nuestro desprecio.

Sería demasiado fácil citar por enésima vez, y mal, la consigna extraída de la novela del vecino más ilustre de la región, el conde de Lampedusa, en su obra maestra *El gato pardo*: «Es necesario que algo cambie si queremos que todo siga igual». Receta ideal para salir del estado catatónico

de Europa con su triunfadora Merkel y el resto de fracasados líderes que componen su coro. Pero ellos son expertos en leer el carácter veleta de sus ciudadanos, y saben que detrás del sobrecogimiento ante la tragedia volverá a aparecer un negro que les molesta en la urgencia del médico o al pedirles una limosna a la salida del supermercado o al ofrecerles su cuerpo en un bulevar trasnochado.

CÓMANSELOS

*10 de octubre de 2013*

Hace unos años, cuando Ruiz-Gallardón aún pugnaba por que Madrid fuera una ciudad puntera —ambición loable aunque equivocara los métodos—, propuso prohibir los hombres-anuncio al ver proliferar en el centro a personas que portaban carteles de «compro oro». Rápido cayó en la cuenta de que en un país sumido en la precariedad era complicado definir desde un despacho lo que se podía considerar empleo digno y lo que no. Hoy un empleo así es envidiado por muchos. Por eso llama la atención que ahora el Ayuntamiento de Madrid, en imparable decadencia, se plantee multar a los mendigos.

Nadie sabe si las multas incluirán el embargo de los cartones donde duermen o la confiscación de los céntimos recaudados. En realidad, multar por ser pobre o no tener hogar es el paso definitivo hacia lo inconstitucional. No alcanza para garantizar el derecho a un trabajo y a una vivienda digna, así que se penalizará la tragedia. Hace pocas semanas lo criticábamos en Hungría y ahora lo celebraremos en

nuestra capital de la indiferencia. Ciertos gobernantes han confundido su cargo, un privilegio temporal ganado por votación, con el título de propietarios sobre las personas y los bienes públicos. Es ya habitual que el ministro de Hacienda imponga sus filias y sus fobias en el reparto de los impuestos de todos con total naturalidad, pero considerar que los pobres y los mendigos agravan a la ciudad que no tiene nada que ofrecerles es rizar un rizo bien peligroso.

Vimos que, en Lampedusa, a la muerte masiva de inmigrantes se le sumó que la ley obligaba a multar a los supervivientes con cinco mil euros por carecer de papeles y alcanzar la costa de manera ilegal. Los muertos recibían funeral de Estado y los vivos la orden de expulsión. Las lágrimas se ahogan en hipocresía. El fracaso de los gobernantes parece ser combustible para las ideas más peregrinas. Pronto serán los pobres quienes tendrán tan difícil entrar en el reino de los cielos como un camello por el ojo de una aguja. Ya no les pertenece ni el derecho a la derrota ni la libertad que concede haberlo perdido todo. Creo que Jonathan Swift fue mucho más constructivo y elegante cuando propuso que, para acabar con los pobres, lo mejor era comérselos.

LA TIENDA

*14 de noviembre de 2013*

Siempre me resultó un rasgo de genialidad que el actor Paco Rabal viajara habitualmente con un hornillo de gas. Era costumbre que su mujer, la maravillosa actriz Asunción Ba-

laguer, le preparara unas lentejas o un arroz en el suelo de la habitación de hotel a esas horas en que aprieta el hambre en la madrugada larga, hacia las cinco de la mañana. Un día, a las claritas del alba, creo que era en Galicia, me invitó a tomar unas almejas a la marinera en su cuarto tras salir de un bar que cerraba a las seis. También es sabido que Carmen Amaya, cuyo arte celebramos en su centenario, prendió fuego al colchón y la cama de madera de un hotel de Nueva York para poder celebrar una jarana con hoguera gitana en la cumbre de su éxito como bailaora.

Pero hasta que no leímos la noticia en el *New York Times* desconocíamos que el presidente Obama se desplaza siempre en sus viajes oficiales con una tienda de campaña que monta en la habitación de hotel. Se ensamblan sus paredes aislantes para poder leer y comunicarse sin que pueda ser interceptado por los más sofisticados sistemas de escucha del espionaje mundial. Una fotografía de Pete Souza, el retratista de la Casa Blanca, mostraba al presidente charlando por teléfono en esta jaima cutrecilla instalada en medio del saloncito de un hotel de lujo en Río de Janeiro.

Todos llevamos nuestro ranchito encima. En un hotel nos delata que dispongamos la ropa y pertenencias con nuestro sentido de chabola personal. Pero lo de la alta seguridad norteamericana, en tiempos de espionaje desatado incluso entre aliados, es digno de mención. Es cierto que no debe de ser agradable imaginarte espiado cuando tus decisiones oscilan entre bombardear un país, lanzar un misil teledirigido sobre un objetivo señalado o asesinar a un presunto terrorista internacional desde un dron no tripulado. No es lo mismo que te cacen esa conversación pidiéndole a Wert

que anule su decreto de supresión de las becas Erasmus o a Bárcenas que aguante el tirón. Pero la imagen, en lugar de ser una evidencia de la sofisticación de la alta tecnología, es más bien la confirmación de que vivimos tiempos patéticos.

VALLA AFUERA

*10 de marzo de 2014*

El ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, visitó la valla de Melilla la semana pasada. Visitó la valla de Melilla y anunció que vamos a poner una valla más alta. Una valla más alta que definió con un tecnicismo. Sería una valla «antitrepa».

La valla antitrepa tiene un nombre feo pero sugerente, porque a menudo los más ambiciosos carecen de escrúpulos y pensar que existe una valla que frene a los trepas nos llena de alegría. Lo malo es descubrir que el ministro no se refiere a esos trepas, sino a los subsaharianos que aguardan en el monte Gurugú, perseguidos y en condiciones infrahumanas, dispuestos a encontrar un resquicio por el que colarse en Europa. La valla se ha quedado corta. E incluso las concertinas, que son esas cuchillas que cortan la piel de los que asaltan la valla, no cortan lo suficiente.

La crisis migratoria cobró relevancia porque el cómputo arrojó quince muertos ahogados en el mar. Sin muertos no habría polémica. Y es que algunos inmigrantes ilegales tienen la costumbre de morirse. Sucedió con una de las encerradas en un centro madrileño y su muerte también tuvo un